

COLEGIO SAN JUAN BOSCO

Valle Hebrón, 258
08035 Barcelona



Barcelona, mayo de 1987

Os comunicamos la muerte en esta casa de nuestro querido hermano

Antonio Anglada Juaneda

Don Antonio Anglada nació en Ciudadela (Menorca) el 4 de marzo de 1906.

Don Antonio llevaba en toda su persona la marca de origen. Se le notaba que procedía de *buena familia*, y así era en el mejor y más completo sentido de la expresión. Basta decir que de los nueve hermanos, de los que don Antonio era el mayor, dos son prestigiosos sacerdotes de la diócesis menorquina y una hermana es carmelita misionera. Y aún habría que contar entre los parientes próximos a otros dos sacerdotes y otras dos religiosas. Se adivina qué matrimonio cristiano formaban Antonio Anglada y Antonia Juaneda. El padre murió centenario unos meses antes que nuestro don Antonio.

Y también se le notaba su origen ciudadelano. Calmo y apacible como su isla, con su toque de connatural distinción y su devoción ancestral a María Auxiliadora. Porque el Santuario de María Auxiliadora de Ciudadela es anterior a la venida de los salesianos a España y los ciudadelanos van orgullosos de esa devoción *prehistórica* a la Virgen de Don Bosco. También en eso don Antonio era un ejemplo.

Don Antonio Anglada hizo el noviciado y profesó en Gerona el 20 de enero de 1931. Ese mismo mes, ya está en activo —tiene cumplidos los 24 años—, en la casa de Villena. Allí le esperaba la quema de conventos y también ardió el suyo, por más salesiano que fuera. El curso siguiente sigue su aprendizaje práctico con chiquillos de Gerona. Sólo un año, que al tercero ya está en Huesca... Así completó sus votos trienales, bien zarandeado por las circunstancias y la obediencia.

Y como quedó bien claro que tenía madera de salesiano, puntual, otro 20 de enero, el de 1934, hace en Huesca su profesión perpetua. Aquel fue, en todo el mundo salesiano, un año de gloria: el de la canonización de Don Bosco. No importaba que los tiempos fueran recios y que se presagiaran aún peores, don Antonio se entregó de por vida.

Si en Villena tuvo que escapar al monte, en Huesca aguantó ocho años. Hay que decir *aguantó* porque siguieron malos tiempos y se le vino la guerra encima. De ella guardaba don Antonio un recuerdo bien pintoresco. El de sus rondas nocturnas, con arma y todo, como somatén urbano, y el de sus clases en San Bernardo, mientras los obuses caían en el patio...

Acabó, por fin, la guerra. Y, como alegre profecía de recuperación de la maltrecha Inspectoría, el día de la Merced de 1940, se fundaba este Colegio: «San Juan Bosco» de Horta.

Don Antonio Anglada ha sido el último superviviente del equipo fundador que capitaneó don Antonio Recasens. Era para nosotros la «memoria histórica» de la casa, pues aquí había perseverado ininterrumpidamente durante cuarenta y dos años, aunque los dos últimos los viviera en Martí-Codolar.

Don Antonio Anglada era la puntualidad. Hasta le agradaba que los hermanos jóvenes le hiciesen broma y, las dos noches del año en que se cambia el horario oficial, se ofreciesen a despertarlo para que ajustara el reloj en el momento exacto.

Don Antonio Anglada se presentaba como todo un caballero. Impecable. Siempre con su corbata y chaleco, bien peinado y planchado, como correspondía a su figura verdaderamente prócer. Todo un señor. Y, por cierto, sin desentonar un punto de su condición de religioso.

Porque, sobre todo, don Antonio Anglada era un buen religioso. Su puntualidad esencial, de reloj al segundo, vigía ante todo para las prácticas de piedad y las tradiciones salesianas. No se le escapaba una fecha, ni un detalle referente a la vida salesiana y a la observancia. Y si las cosas no iban como él creía que tenían que ir, correctamente sabía hacerlo notar. Impresionaba verlo en las prácticas de piedad: recogido, concentrado, devoto. Y en todas partes siempre igual a sí mismo: reservado, sencillo, cortés, atento, servicial, comprensivo.

La vida salesiana de don Antonio Anglada se parte claramente en dos períodos, de unos 25 años cada uno aproximadamente, uno de profesor y otro de oficinista. Como profesor, totalmente entregado a sus alumnos: pacienzudo, pero en modo alguno permisivo; exigente con ellos, pero mucho más consigo mismo. Son muchos los antiguos alumnos que recuerdan que don Antonio les enseñó a leer. Como auxiliar en la administración, correcto y exacto en todo; amable, pero llegado el caso, exigente *suaviter in modo, fortiter in re*. Nada cambió en su persona con el cambio de ocupación. Siempre se mantuvo él mismo. Todo un caballero, en su presencia y en su trato.

La arteriosclerosis se cebó en el organismo de don Antonio Anglada y lentamente le fue mermando facultades hasta derribarlo en el lecho. Cuando vio clara la conveniencia de su traslado a la residencia de Martí-Codolar, no opuso la menor objeción, a pesar de lo que representaba para él la casa de Horta.

En Martí-Codolar no tuvo que improvisar ¿cómo poder hacerlo? su edificante actitud ante la nueva situación. Impresionó a las enfermeras y a sor Dolores Fábregas por sus modales, su agradecimiento por cualquier servicio, atención o visita, por su discreción. Como siempre. Puntual: necesitaba tener colgado en la pared el reloj para saber la hora exacta en cualquier momento.

Siempre pulcro y arreglado: no prescindió de la corbata hasta bien avanzada la enfermedad; cada sábado, por la tarde, preparaba meticulosamente el traje que vestiría en su habitación al día siguiente, era domingo. Pero sobre todo, religioso.

En un estado en que el autocontrol iba desapareciendo y emergía libre el subconsciente, se pudo apreciar lo buen fraile que era don Antonio Anglada: austero, delicado, rezador, obediente, sufrido... «Obligado a mucha quietud, sufrió mucho en silencio —nos dicen las enfermeras—. No dijo nunca un ¡ay!, y eso que estuvo casi un mes muriéndose. Si le empezabas una jaculatoria, él la acababa. Cuando se le repetía “Jesús, José y María...” se le iluminaba el rostro».

Descansó en el Señor el 30 de enero, víspera de San Juan Bosco.

Hemos recibido sendas cartas de su hermano Francisco, sacerdote, y de su hermana Catalina, carmelita misionera. El contenido de ambas subraya y completa lo que venimos escribiendo.

Desde pequeño sintió el hechizo salesiano. Se pasaba el día en el Colegio y sólo aparecía en casa para comer y dormir. Don Gustavo lo tenía como uno de los mejores y más listos alumnos, el curso en que, a sus catorce años, dejó las aulas por el taller artesanal de calzado que tenía la familia.

A los 17 años, dos días antes de San Juan, cuando más ilusionado estaba por vivir las famosas fiestas de Ciudadela, se le declaró un tifus terrible que le tuvo 40 días entre la vida y la muerte. Se le administraron los últimos sacramentos. Reaccionó y se curó, pero algo había cambiado en él. No volvió a ser el muchacho alegre y expansivo de antes. Como si en pocos días hubiera vivido años.

Cumplido el servicio militar, y no sin cierta resistencia de su padre, que tenía en él la mejor ayuda para su modesta empresa, decidió abrazar la vida religiosa como coadjutor salesiano. La decisión estaba muy en línea con lo que siempre había vivido, sobre todo a partir de su enfermedad, después de la que todos le veían más concentrado y más piadoso, siempre a la sombra del Colegio Salesiano y del Santuario de María Auxiliadora...

«Nunca le oí decir mal de ninguno. Las veces que fui a verle cuando estaba en Martí-Codolar, nunca expresó la mínima queja», dice su hermana Catalina. Y su

hermano Francisco: «Rasgos característicos suyos fueron, en lo humano, un marcado esmero en la limpieza y en el vestir, ser cuidadoso y metódico en todas las cosas». Y ambos ponderan, a una, el espíritu de piedad y de trabajo de su hermano Antonio.

«Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca... Todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta. Y el Dios de la paz estará con vosotros».

En esta lectura de la misa de Don Bosco se destacan rasgos *salesianos* que hemos visto brillar en la vida de don Antonio Anglada. Su medida, su apacible nobleza de alma, su fe en Dios cercano nos han hecho mucho bien. Damos gracias a Dios y os pedimos os unáis a nuestra oración por el eterno descanso de nuestro querido hermano en la paz y el amor de Dios.

COMUNIDAD SALESIANA
COLEGIO SAN JUAN BOSCO

DATOS PERSONALES

Antonio Anglada Juaneda

Nació en Ciudadela (Menorca) el 4 de marzo de 1906.

Primera profesión, en Gerona el 20 de enero de 1931.

Murió en Barcelona el 30 de enero de 1983